

15 de Febrero de 1907. Año IV. N.° 76.

Redacción y Administración: Barquillo, 20, 2.° Apartado en Correos núm. 336.

Por buen camino

El Gobierno, dando muestra de saludable energía, y confirmando la idea de que viene con alientos bastantes para más grandes empresas, acaba de adoptar una medida significativa en alto grado de sus buenos propósitos, medida que ha merecido el aplauso sincero de las personas de orden que aspiran, hace mucho tiempo, al término del desbarajuste y de la vergonzosa debilidad imperantes.

Convencido de que el Jurado es incapaz, no digamos para contener, pero ni siquiera para castigar los crímenes del anarquismo, ha tenido entereza para arrancarlos de su conocimiento en las provincias de Barcelona y Gerona, confiándolos á los Tribunales de Derecho.

No creemos que esto sea suficiente, pero es una orientación; es, todavía mejor, una rectificación, base y origen quizá de otras resoluciones que pongan término al estado de intranquilidad de aquellas comarcas.

También parece que tiene en estudio medidas encaminadas á la persecución del bandolerismo andaluz; y si en este punto vemos alguna tan acertada y franca como la relativa al anarquismo antes mencionada, habremos de exclamar por vía de salutación, diciendo:

¡Así, así se gobierna!



CAPTURA DE UN CRIMINAL EN SU DOMICILIO

Extraordinarias aventuras de un ladrón de alto copete

Como indicábamos en nuestro núm. 67, el famoso maestro y audaz ladrón, Arsenio Lupin, desaparecía de escena por algún tiempo. Entonces prometimos que pronto volveríamos á tener conocimiento de sus nuevas y prodigiosas aventuras, y cumpliendo nuestras promesas, hoy empezamos la segunda parte de ellas, inspirados en la Revista francesa **Je sais tout.**

La dama rubia.

El 8 de marzo del año último, M. Gerbois, profesor de matemáticas del Liceo de Versailles, examinaba en una tienda de muebles una mesita secreter, cuyo único mérito parecía ser la infinidad de cajoncitos que contenía.

—He aquí lo que me hace falta para regalar á Susana el día de su santo—piensa él.

Y como M. Gerbois se ingenia, en la medida de sus modestos recursos, para complacer á su hija, pide precio y da por el secreter la suma de 65 francos.

En el instante en que daba su dirección para que se lo enviaran, un joven de elegantes maneras y porte y que no cesa de mirar de izquierda á derecha, percibe el mueble y pregunta:

—¿Qué vale?

—Acabo de venderlo á este señor—responde el comerciante.

—¡Ah!... ¿es posible?

M. Gerbois saluda. El desconocido le dice:

—Ignoro el precio que usted ha pagado por él. Sin embargo, le ofrezco el doble.

M. Gerbois, hombre arisco y de mal carácter, responde secamente:

—Gracias; pero no lo vendo.

El joven le mira con atención; después gira sobre sus talones, y sin decir palabra se retira.

Una hora después llegaba el secreter á su casa, calle de Viroflai. Susana se extasía ante él, y aquella tarde misma encierra en sus cajoncitos su correspondencia, sus colecciones de tarjetas postales y algunos recuerdos furtivos que conservaba gracias á la ayuda y discreción de su cocinera Máxima.

A las siete y media de la mañana siguiente, M. Gerbois se dirige al Liceo. A las diez, Susana, siguiendo su habitual costumbre, va á esperarle á la salida, para volver en su compañía. Antes del desayuno, Susana sube á su habitación y se encuentra con que el secreter *había desaparecido.*

... Lo que asombraba al juez de instrucción, avisado inmediatamente, era la sencillez de los medios empleados. En la ausencia de Susana, y mientras la criada salió á hacer la compra, un mozo de cordel, provisto de su correspondiente placa—los vecinos lo vieron—llegó hasta el jardín que precede á la casa, y después de llamar por dos veces y de serle franqueada la entrada no se sabe por quién, se llevó el mueble con toda tranquilidad, pues repetimos que los vecinos ignoraban que la criada estuviese fuera.

Se observa que ningún armario ha sido fracturado, ni un solo objeto robado; es más: el portamonedas de Susana, que ella había dejado encima del secreter, se encontraba sobre una mesa próxima y con las moneditas de oro que contenía. ¿Quedaba perfectamente determinado el móvil del robo? En realidad, era bien inexplicable tanta exposición para llevarse tan poca cosa.

El único indicio de que se pudo tener conocimiento fué el incidente ocurrido al profesor en la tienda.

Las diligencias que se hicieron no dieron resultado alguno.

Pero M. Gerbois quedó completamente convencido de que una gran fortuna debía estar disimulada en el doble fondo de alguno de los cajoncitos, y esta era la razón por la cual el joven, á sabiendas de ello, había procedido con tal decisión.

Pasaron dos meses. El 1.º de mayo, á las cinco y media, M. Gerbois leía en un periódico de la tarde:

«Tercera tirada de la lotería de la Asociación de la Prensa.
»El número 514, serie 23, gana un millón...»

El profesor parece aturdirse. ¡El número 514, serie 23, era el que él poseía! Lo había adquirido por hacer un favor á uno de sus amigos, y he aquí que ganaba ¡un millón!

Rápidamente se dirige hacia su despacho para buscar la caja de sobres donde se debía encontrar el precioso billete. La caja no estaba allí.

—¡Susana! ¡Susana!

Susana llega pronto y es interrogada por su padre:

—Oye... ¿y la caja, aquella caja de sobres... que traje un jueves .. y que estaba al final de aquella mesa?

—Recuerda, papá, que la hemos guardado.

—¿Dónde? Responde... que me haces morir.

—¿Dónde?... Ya lo sabes. . En el secreter.

—¿En el secreter que nos han robado?

—Sí.

—¡En el secreter robado!

M. Gerbois repite estas palabras con espantado acento. Después, colocándose la mano sobre el corazón, dice muy bajo:

—Esa caja contenía un millón, hija mía...

—¡Ah, papá! ¿Por qué no me lo habías dicho?

—¡Un millón!—repite el desgraciado.—¡Con que ha sido premiado mi billete!

Ella reflexiona y dice:

—Yo creo que te lo pagarán de todas maneras.

—¿Cómo? ¿Sobre qué pruebas?

—¿Tú no tienes ninguna?

—¡Sí, una: que estaba dentro de la caja! El otro es el que lo cobrará.

—¡Eso sería abominable! Veamos, papá; tú puedes oponerte á ello.

—No será fácil: ese hombre debe ser muy fuerte; debe disponer de grandes medios; y si no, acuérdate del robo del secreter...

M. Gerbois se levanta con pronta energía, é hiriendo el suelo con el pie, dice:

—¡No, no! ¿Por qué lo ha de cobrar? ¡Por muy hábil que seas, ya nos veremos, amiguito mío!

Algunos minutos después expedía el siguiente despacho:

«Gobernador Crédit Foncier, calle Capucines, París:
»*Soy poseedor del número 514, serie 23; me opongo por todas las vías legales á toda reclamación extraña* —GERBOIS.»

Casi al mismo tiempo llegaba al Crédit Foncier este otro telegrama:

«*Del número 514, serie 23, soy el poseedor.* —ARSENIO LUPIN.»

Arsenio Lupin toma un abogado para defender sus derechos.

Fácilmente se comprenderá la formidable explosión de alegría que sucedió al conocimiento de estos dos telegramas. El nombre de Arsenio Lupin, que volvía á aparecer de una manera tan imprevista, prometía buena diversión á la galería. Y la galería era en esta ocasión el mundo entero.

De las rápidas diligencias llevadas á cabo por el Crédit Foncier, resultó que el billete en cuestión había sido vendido por la sucursal de Versailles al comandante de Artillería Bessy. Pero el comandante, habiendo muerto de una caída del caballo, había cedido el billete, algún tiempo antes de morir, á un amigo suyo.

—Ese amigo soy yo—afirmaba M Gerbois.—Yo tenía gran amistad con el comandante, y le compré el billete.

—¿No puede usted presentar ninguna prueba?

—La carta que él me escribió con tal objeto.

—Preséntela usted.

—Pero... si se hallaba en el secreter robado.

—Pues búsquela.

Arsenio Lupin, por medio de una nota inserta en *L'Echo de France*—cuyo periódico tiene el honor de ser su órgano oficial, y en el que figura como uno de los principales accionis-

tas—anuncia que había remitido á M. Detinan, su abogado, la carta que el comandante Bessy le había escrito personalmente.

Toda la Prensa se dirige á casa de M. Detinan, diputado radical influyente, y hombre de gran talento y sumamente distinguido. Este señor no había visto jamás á Arsenio Lupin, pero acababa de recibir sus instrucciones y le era sumamente agradable ser su consejero.

Exhibe la carta del comandante. Ella probaba la cesión del billete, pero sin indicar el nombre del nuevo propietario.

«Mi querido amigo ..» decía sencillamente. Y Arsenio Lupin decía á su vez:

—«Mi querido amigo», ése soy yo.

Una nube de *reporters* se presenta en casa de M. Gerbois, quien no cesa de repetir:

—«Mi querido amigo», ése no es otro que yo: Arsenio Lupin ha robado la carta con el billete, puesto que él es el que ha robado el secreter.

—Que lo pruebe—replicaba Lupin.

Y lo fantástico de este espectáculo regocijaba grandemente al público. El desgraciado M. Gerbois no cesaba de lamentarse.

—¡Era el dote de mi hija!—repetía.—¡Ya sabía yo que el secreter contenía un tesoro!

Arsenio Lupin propone una fórmula de arreglo á M. Gerbois.

Transcurridos doce días, M. Gerbois recibe de Arsenio Lupin una carta bastante intranquilizadora:

«*Señor: El público se divierte á nuestra costa. ¿No cree usted que ha llegado el momento de proceder con más formalidad? Yo, por mi parte, estoy firmemente resuelto. La situación está bien clara: yo poseo un billete premiado que no tengo el derecho de cobrar, y usted tiene el derecho de cobrar un billete que no posee. Nada podemos hacer el uno contra el otro, porque ni usted consiente en ceder su derecho, ni yo en ceder mi billete.*

»*¿Qué hacer? Yo no encuentro más que un medio: partámoslo en partes iguales: medio millón para usted y otro medio para mí. ¿No es esto justo?*

»*Es la única solución; pero ha de ser inmediata. Doy á usted tres días para reflexionar. Creo que el viernes por la mañana encontraré en la sección de pequeños anuncios de* L'Echo de France *una nota discreta dirigida á M. Ars. Lup., que contenga en términos velados su terminante adhesión al pacto que le propongo, é inmediatamente le enviaré el billete para que cobre el millón, quedando usted en remitirme 500.000 francos por el conducto que yo le señale.*

»*En caso de rehusar, he tomado mis precauciones para que el resultado sea idéntico; pero en este caso percibirá usted 25.000 francos menos para gastos suplementarios.*

»*Queda de usted afectísimo, etc.*»

Exasperado M. Gerbois, comete la enorme falta de enseñar la carta y de dejar sacar copias de ella.

—¡De ninguna manera!—dice exasperado ante los *reporters* de los periódicos.—¿Partir yo lo que es mío? Nunca.

—¿Va usted á atacar á Arsenio Lupin? Eso es peligroso.

Llegó el viernes, y en *L'Echo de France* no aparecía ni una letra siquiera dirigida á Arsenio Lupin; es decir, que á la proposición de éste respondía M. Gerbois con el silencio. Esta era la declaración de guerra.

Aquella misma tarde, los periódicos anunciaban que había sido robada la señorita Susana Gerbois.

La Casa B. W., especialidad en raptos.

A las diez menos veinte, según testimonio de la criada, Susana salía de su casa. A las diez y cinco, al salir su padre del Liceo, no la divisa en el sitio donde acostumbraba á esperarle. ¿Qué habría sucedido?

Dos vecinos afirmaban haberla distinguido á unos trescientos pasos de la casa. Una señora había visto marchar á lo largo de la avenida á una joven cuyas señas coincidían con las de Susana. Pero, ¿y después? Después no se sabía nada. En pleno día, sobre una calle sumamente frecuentada, el rapto había tenido lugar sin llamar la atención. Ni un grito, ni un movimiento sospechoso se había observado.

Se hicieron pesquisas por todas partes, se interrogó á los empleados de las estaciones y de los ómnibus. Ninguno había visto nada que se relacionara con el rapto de una joven. Sin embargo, en Ville d'Avray, un droguero declara que había provisto de gasolina á un automóvil que venía desde París, que llegó guiado por un mecánico y que llevaba una señora rubia en el interior del coche. Una hora más tarde, el automóvil regresaba de Versailles. Por una aglomeración de coches se vió obligado á detenerse, por lo que el droguero pudo advertir que en el coche iban dos señoras.

En cuanto á las señas del automóvil, era de veinticuatro caballos, de color azul obscuro y de la Casa Peugeon. Informados por la directora del Grand Garage, el viernes por la mañana había alquilado para todo el día el automóvil de aquellas señas á una señora rubia.

—¿Y el mecánico?

—Era un tal Ernesto, que he admitido hace poco y que se me presentó con grandes recomendaciones y buenos informes.

—¿Está aquí?

—No; dejó el coche y no ha vuelto.

Se va á casa de las personas que decía le recomendaban. En ninguna de ellas conocían á semejante sujeto.

Desesperado de no alcanzar resultado alguno, M. Gerbois capitula. Un anuncio en *L'Echo de France* comunicaba á Lupin su sumisión. Esta era la victoria alcanzada en cuatro días.



Venganza de un condenado.

Mr. Roquer, propietario de un dominio en Nagalas, hizo condenar por robo á un obrero agrícola llamado Laure, que tenía á su servicio. Laure, apenas sale de la prisión, va á buscar á uno de sus amigos, el Planes, y provisto de un fusil con su bayoneta se lanzó á casa de Mr. Roquer. En ella habitaban sus propietarios, que vivían con la señora Thienle y un hijo de esta última, de diez y seis años.

El joven Thienle, viendo llegar á los dos bandidos, dispara un tiro sobre Planes, y le hiere en la espalda. El herido cae, gritando á un amigo: «¡Me ha matado, véngame!»

Laure penetra en la casa y halla á la señora Thienle, y la traspasa la cabeza. Después da un bayonetazo en el vientre y atraviesa de parte á parte al joven, que con las entrañas abiertas, muere á los pocos instantes.

Los dos malhechores están presos y se encuentran encantados del resultado de su crimen, sin dar apenas excusa ninguna.

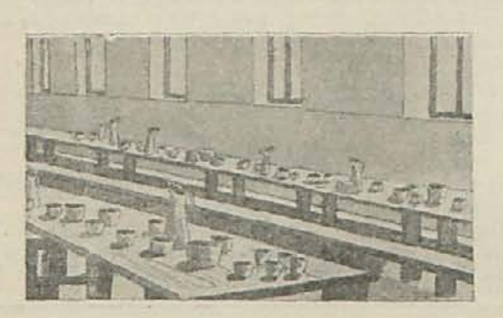
La prisión de "San Lázaro,,

Todo lo parisién nos subyuga y cautiva, sin poderlo remediar. La novela, el periódico, la anécdota, nos hablan á diario de la gran ciudad, la cual tiene para nosotros nombres y cosas casi familiares, que la imaginación agranda ó la fantasía modifica y altera según el concepto especialísimo que cada uno tiene del pueblo francés.

Todo el mundo ha oído hablar de la *prisión de San Lázaro*, pero pocos son, sin embargo, los que la conocen, y menos aún los que saben si ciertamente es prisión en el científico y legal sentido de la palabra. Para muchos será una verdadera revelación cuanto vamos á exponer, como será también una sorpresa el anunciarles que prisión ó no, ha sonado ya en el reloj de la vida la hora de su demolición y en breve la piqueta tumbará por los suelos aquellos macizos muros, para dar lugar á más bellas, higiénicas y modernas construcciones.

Fachada.

¿De cuándo data este inmenso edificio? Desde fines del siglo XI y fué construído para hospital de leprosos, enfermedad tan extendida entonces que diezmaba las



Comedor.

poblaciones; bien pronto llegó á adquirir aquél celebridad porque los reyes le hacían frecuentes visitas, para testimoniar su humildad; pero habiendo llegado á ser la lepra ya cosa rara en Francia, fué cedido á San Vicente de Paul en 1632, quien instaló, bajo el nombre de *Congregación de San Lázaro* un convento de religiosos de su misión, en el cual murió el fundador.

Los sucesores de San Vicente abandonaron en parte su obra y la casa recibió á los jóvenes de conducta desarreglada, cuyas familias gestionaban la admisión, como dieron en recibir tambien á los religiosos insubordinados.

La Revolución francesa, que á todo atacó, no pudo dejar en el olvido institución tan saliente, y en efecto, la víspera de la toma de la Bastilla, el pueblo se apoderó de las existencias del local y puso en libertad á cuarenta sujetos allí detenidos. Durante el Terror se convirtió en prisión supletoria, y de ella salió Andrés Chenier para el suplicio; pero después de aquella agitación histórica no encerró más que mujeres.

Hace algunos años había en San Lázaro distintos locales: unos para las prostitutas, otros para las muchachas afectadas de enfermedades contagiosas; y además existían distintos sitios para las mujeres condenadas á prisión por robo, por estafa ó por muerte; en la actualidad no se interna ya más que á las prostitutas, y por excepción, en lugar aparte, ciertas detenidas de nota á quienes la administración no quiere alejar de París.

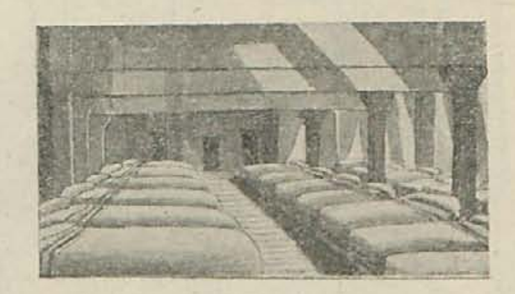
Comprende la prisión —llamémosla así—cinco cuerpos de edificio que rodean tres grandes patios interiores bien poblados de árboles, y pueden acogerse en aquéllos 1 200 mujeres, aunque nunca llegan á tan gran número. Más que prisión, como se ve, es un hospital, y entre una y otro no hay la menor comunicación. El director es el mismo, pero los dos establecimientos son totalmente distintos, tanto, que la prisión tiene su enfermería particular.

Cuando una mujer internada en el hospital por *medida administrativa* consigue su curación, puede, si hay delito presuntivo contra ella, ser retenida; en tal caso se la conduce al Palacio de Justicia y desde allí se la encierra en San Lázaro prisión. De igual modo, cuando una clausurada concluye su tiempo de permanencia, si está enferma, puede, igualmente, ser retenida por *medida administrativa*; pero para ello se la conduce primero á la Prefectura de Policía y de allí se la envía á San Lázaro hospital.

Las mujeres pueden ir voluntariamente á hacerse curar en el hospital, lo que sucede con frecuencia; á las que así lo hacen, se las distingue con el nombre de *habituales*.

San Lázaro (hospital) es, ciertamente, mucho más interesante que San Lázaro (prisión). Puede verse allí la celda de San Vicente de Paul con sus dos piedras desgastadas según la leyenda, por las rodillas del santo; y se ve también un subterráneo que conduce á la planicie de San Dionisio, por el que parece que los revolucionarios de 1871 pudieron huir de París.

Las salas de San Lorenzo (hospital) son 23; el gran dormitorio cuenta 300 camas; en él es donde las mujeres detenidas por *medida administrativa* son vigiladas de cuatro á diez días. Puede verse todavía en San Lorenzo (hospital) *la gobeléte*, donde las mujeres están autorizadas para comprar el vino que deben consumir en su comida; la



Dormitorio.

Salpêtrière, donde han elegido domicilio definitivo cierto número de viejas *habituales*, que han hecho de aquel lugar su *Cuerpo y Cuartel de inválidos*. Hay, también, la llamada *casa de fieras*, de tres pisos, ahora sin aplicación, y la misma *casa de fieras*, de dos pisos, utilizable y

utilizada, en la que se encierra á las mujeres peligrosas y de mal carácter; las celdas tienen aquí su correspondiente verja.

En San Lázaro (prisión) las recluídas viven en común; trabajan en talleres espaciosos; comen en los refectorios y duermen en los dormitorios generales. En casos de enfermedad, son trasladadas á la enfermería.

Médicos, juriconsultos y señoras de la más distinguida sociedad que se preocupan de redimir á las pobres *caídas*, han protestado muy á menudo contra este sistema de internado en rebaño, que pone en contacto las *profesionales* con las pobres muchachas que después de una primera falta podrían enmendarse si se les libertara de estas fatales uniones que San Lázaro establece.

Con tal motivo se ha fundado una Sociedad que va á buscar á la prisión misma á las detenidas la víspera de su liberación y les ofrece trabajo honrado, mediante el cual y la infatigable constancia con que se dedican á tan buena obra, han conseguido rehabilitar á muchos miles de desgraciadas.

Seguramente, al proceder á la demolición del vetusto edificio, sabrán afirmar sobre nuevas bases la corrección de estas infortunadas por los medios que la ciencia moderna aconseja.

¡Qué envidia nos causan estos saludables ejemplos!

P. de la P. P.

La astrología, causa de divorcio.

¡Cualquiera diría que en el año de gracia de 1907, *la astrología*, ese arte de predecir el porvenir por la inspección de los astros, por el conocimiento de su influencia y la que les da su posición en el cielo, habría de ser la causa determinante de una sentencia de divorcio!

Y, sin embargo, nada más exacto. Para comprobarlo bastaría haber acudido hace pocos días á la Audiencia de París, y allí se hubiera presenciado el desarrollo y término de este curioso, original é interesante asunto.

Hace algunos meses, un librero sexagenario tuvo la desgraciada idea de consultar á un astrólogo habitante en los alrededores de París, para conocer su horóscopo y el de su *buena amiga*, pues viejo y todo, el hombre gustaba de las *distracciones*.

El astrólogo hizo sus observaciones con las formalidades de ritual, y de aquéllas dedujo, y así se lo explicó al interesado, que al comienzo de este año se divorciaría: porque hay que advertir que el sexagenario en cuestión, *además de amigo* era casado; pero, eso sí, no llevaba más que treinta años en tal estado, y nada hacía presumir que, á pesar de sus ternuras extradomiciliarias sobreviniese ninguna ruptura conyugal.

Pero la ciencia oculta había acertado. El divorcio se decretó en el plazo fatal; y lo que es más extraordinario aún, el fundamento para disponerlo así fué el horóscopo de la *amiga*. Descubierto casualmente por la esposa legítima en la mesa de despacho de su falso marido, en él se basó para producir su queja, y en él encontraron los jueces motivos bastantes para la sentencia. La profecía se cumplió. *Estaba escrito*, como dijo el abogado de la querellante, y lo predicho debía realizarse, porque esos anuncios son siempre exactos.

¿Queréis un ejemplo? En Inglaterra, donde actualmente hay un movimiento muy vivo en favor de la astrología, un lord obtuvo su horóscopo; éste le aseguraba que en un día determinado se rompería una pierna.

Para prevenir todo accidente en tal sentido en la fecha marcada, tomó, entre otras precauciones, la de permanecer encerrado en su gabinete, del que no se movió, ni recibió tampoco á nadie; pero en un momento dado tuvo necesidad de su criado. Llamóle, y no respondiendo, fué hasta la escalera para repetir el llamamiento; apenas había dado unos pasos cuando, precediendo un ligero temblor de la pierna derecha, se le rompió ésta inesperadamente, cumpliéndose así la profecía.

Y es lo que decía el abogado de la parte querellada. ¿Cómo puede ser menos un marido francés que un lord inglés? Mi cliente había sido advertido de que iba á divorciarse, y á pesar de todas las precauciónes adoptadas para evitar el cataclismo conyugal, no era posible impedirlo.

Con estos ejemplos convenzan ustedes á los *patrioteros* de ambas naciones de que la astrología no es una ciencia exacta.

Muchacho sereno é ingenioso.

Luis Poulan, aprendiz impresor, de catorce años de edad, fué encargado por su maestro de cierta comisión, para lo que le entregó una pieza de veinte francos. Gozoso y satisfecho iba el muchacho entonando una canción y llevando la moneda de oro en la mano derecha, cuando observó que dos individuos de no muy tranquilizador aspecto le seguían.

Al entrar en la calle de Cavaignac se le acercaron rápidamente, diciéndole:

—Danos ese luis, y dices que te lo han robado.

El aprendiz suspende un momento su marcha, queda como pendiente de una resolución y, de pronto, emprende velocísima carrera; pero los bandidos, más rápidos que él, le dieron alcance, golpeándole para arrebatarle el dinero. En vano le registraron: ni en las manos, donde antes le llevaba, ni en los bolsillos, ni en parte alguna, pudieron encontrarlo.

¿Dónde lo había ocultado? Desesperados y sin poder conseguir la pretendida confesión, uno de los *apaches*, que de *apaches* se trata, le apretó fuertemente con ambas manos la garganta para estrangularle. Los gritos que el dolor arrancó al paciente fueron oídos por los transeuntes, los cuales acudieron á tiempo para salvarle y para obligar á huir á los malhechores. Estos, jóvenes de diez y nueve y veinte años, fueron alcanzados por los agentes y capturados después de luchar denodadamente por ambas partes.

Cuando la calma se restableció, el muchacho explicó la causa de la agresión, y sacando tranquilamente de la boca la moneda de oro, manifestó que allí, como sitio más seguro, la había guardado, por lo cual, claro es, los ladrones no pudieron hallarla, ni en la mano, donde la llevaba, ni en los bolsillos, ni en parte alguna en la cual lógicamente presumían que pudiera estar.



Mr. Mouquin.

Recientemente ha sido nombrado director general de Investigaciones, cargo importante de la Prefectura de París, M. Mouquin, cuyo retrato publicamos.

A propósito de este nombramiento, y puesto que con frecuencia tenemos que citar nombres y Centros de la Policía parisiense, expresaremos brevemente cómo está constituída aquella dependencia, para que nuestros lectores la conozcan.

Consta de:

El servicio de Seguridad. .... jefe, M. Hamard.
El servicio de Identificación judicial..... » » Bertillon.
La brigada Móvil.... .... » » Guichart.
La brigada de Anarquistas............ » » Fouquet.
La brigada de los Juegos............ » » Soulliers.
La brigada de Servicios de Policía y Costumbres. .... » » Court.

Con estos elementos se ejerce en París ese envidiable servicio de Seguridad y Vigilancia que admiran cuantos visitan la gran ciudad.



XXI

Candor é hipocresía

A pesar de las fatigas de aquella larga ceremonia, que había durado hasta las dos de la tarde, retirado monseñor Arbués en el palacio inquisitorial no pudo probar un solo instante de reposo. El inextinguible ardor de su alma despótica y apasionada imponía á su cuerpo un continuo deseo de movimiento y actividad, una insaciabilidad horrorosa. Esa alma era como el abismo de que habla el *Eclesiástico*, «jamás estaba satisfecho».

Semejantes hombres son inevitablemente la providencia ó la plaga de la humanidad.

Por lo mismo se leía una satisfacción interior en el rostro del inquisidor; la certidumbre de que Dolores estaba ya en su poder imprimía en sus facciones un movimiento infernal, y como el espíritu de las tinieblas cuando un alma pura cae entre sus manos, se regocijaba de su triunfo.

José, silencioso y triste, hojeaba una Biblia latina en un extremo de la sala. Un sombrío presentimiento parecía agitarle, y aunque ignoraba que la hija del gobernador hubiese desaparecido de la casa de Juana, la alegría del inquisidor tenía algo de siniestro y de fatal, y le horrorizaba como una desgracia.

Por la primera vez también, y por un instinto secreto, el inquisidor se sintió dispuesto á desconfiar de su favorito, sin dejar de creerse muy seguro de él; pero encontraba un encanto indecible en esta satisfacción ignorada; le había costado tanto trabajo ver premiados sus deseos, que hablar de su felicidad aun á su íntimo confidente, era en algún modo quitarle á ese gusto el sabor más exquisito. Por tanto, calló, y sólo por intervalos dejaba asomar á sus labios una sonrisa involuntaria. Sus ojos brillaban de un modo extraño, y un rubor pasajero iluminaba su frente, ordinariamente pálida.

De vez en cuando, José desviaba sus ojos grandes y negros de encima de la Biblia para considerar el rostro de su señor, que revelaba emociones insólitas, pero cuya causa no podía adivinar.

Habían cenado, y aunque era casi media noche, Pedro Arbués no podía resolverse á retardar hasta el día siguiente la felicidad de ver á Dolores. Aguardaba que José se hubiese retirado, y José, cual verdadero favorito, tardaba tanto más en alejarse en cuanto conocía que su tenacidad contrariaba á su eminencia. Por lo mismo, con terquedad calculada se mantenía absorto mirando la Biblia, de la que no leía ni una sola palabra.

Por fin, Arbués, perdida la paciencia, acercósele sonriendo, y arrancándole el libro de las manos, le dijo:

—Deja esto, mi querido José; continuarás la lectura otro día. Deseo dormir, y apuesto á que tú también, porque te veo pálido como una muchacha el día después de un baile.

—Pues puedo asegurar á vuestra eminencia que no me encuentro ni poco ni mucho fatigado.

—¡Es tan grande tu celo, mi buen José! Confío que cuando tengas la edad, y la muerte de monseñor Alfonso Manrique me permita aspirar al grado de inquisidor general, confío, digo, hacerte elegir en mi lugar inquisidor de Sevilla.

—No lo quiero, si para eso es preciso dejar á vuestra eminencia—respondió José con un gesto encantador.

—¡Pobre muchacho! Tienes razón; serás más que esto, y no me dejarás; pero ahora véte á dormir; ve, hijo mío, necesitamos recobrar las fuerzas, á fin de proseguir nuestros penosos trabajos apostólicos.

—Indudablemente madura algún proyecto—pensó José levantándose como para alejarse.

—El auto de fe real está cerca—añadió el inquisidor—; las cárceles están llenas de herejes juzgados ó por juzgar, y es preciso distinguirnos en presencia de nuestro gran rey Carlos V, que es un monarca tan celoso por la religión del reino.

Dotado José de una perspicacia extraordinaria, comprendió que Carlos V era quien menos ocupaba en este momento al inquisidor; pero disimuló como prudente, y dijo frotándose los ojos:

—Creo, monseñor, que también me acosa la necesidad de dormir; dígnese vuestra eminencia darme la bendición y me retiro.

Pedro Arbués tendió sobre él sus dos manos reunidas, pronunció las palabras sacramentales, y añadió:

—Hasta mañana, hijo mío; vénme á ver antes de la hora del tormento.

Y salióse por una puerta que conducía á su dormitorio, y de allí se fué á la calle por una escalera secreta.

José, en vez de retirarse á su cuarto, bajó la escalera del palacio, llegó después al patio, y agachado detrás de una gran adelfa, aguardó.

Era la hora en que Pedro Arbués salía muchas veces acompañado de cuatro familiares ó guardias de corps de los inquisidores, cuyo empleo les había señalado Tomás Torquemada, fundador de la milicia de Cristo, y cuya vida, muchas veces amenazada á causa de sus inauditas crueldades, tenía necesidad de estas precauciones.

Ordinariamente José seguía al inquisidor en sus misteriosas correrías; por esto, haciéndose un escudo con las frondosas ramas de la adelfa, dijo para sus adentros:

—Veamos dónde quiere ir sin mí.

Pronto vió comparecer á monseñor Arbués vestido por encima de la túnica y del escapulario de dominico con una capa española y sombrero chambergo, cual solía disfrazarse para no ser conocido.

Marchaba seguido á corta distancia por cuatro familiares, prontos á defender á la menor señal, y con peligro de su vida, á esa «ciudadela de la fe».

Apenas se había cerrado tras ellos la puerta del palacio, cuando José, que llevaba siempre una llave consigo, la abrió sin hacer ruído, y se escurrió como una culebra por aquella puerta entreabierta, y vió á Pedro Arbués que se dirigía hacia la calle de la Inquisición.

Siguióle á paso lento, manteniéndose lejos de los familiares, y sin hacer ruído, merced á las sandalias que calzaba.

A los diez minutos llegaron á la puerta de las cárceles del Santo Oficio, donde llamó Arbués de una manera particular y convenida. A favor de la obscuridad, José se había ido acercando á él.

Se deslizó contra la pared, y apenas había el inquisidor pasado el umbral de la cárcel, cuando el favorito entró tras él, con peligro de ser visto.

Pedro Arbués, que estaba muy lejos de pensar en él, lanzóse á pasos precipitados hacia la escalera que conducía al cuarto principal, y como José acostumbraba acompañarle por todas partes, el carcelero le dejó entrar sin obstáculo; después cerró cuidadosamente la puerta, y tomando el farol y su manojo de llaves, subió la escalera á toda prisa, á fin de abrir el aposento que él quisiera designar, y darle luz.

El joven dominico se sentó en un banco del corredor, y los familiares se quedaron fuera de la cárcel.

Algunos instantes después el carcelero volvió á bajar, y sin hacer caso del fraile entró en el cuarto, donde se tendió en un banco de roble para dormir, aguardando que la santísima Inquisición le volviera á despertar.

Entonces José subió á su vez, y como había oído andar y

abrir una puerta encima de su cabeza, se detuvo en el primer piso, pensando que allí descubriría lo que deseaba saber.

Efectivamente, apenas hubo andado algunos pasos á tientas por el corredor, apercibió un rayo de luz que se escapaba por el agujero de la cerraja de una de las celdas, al mismo tiempo oyó dos voces, las que no podía equivocar, puesto que la una era del inquisidor y la otra la de Dolores.

Estremecióse José al acento de esta voz bien conocida. No podía comprender por qué fatalidad Dolores había sido arrancada del retiro que él le escogió.

—Me engaño—pensó entre sí, pero oyendo más clara y distintamente la misma voz, volvióse á estremecer.

Sobrecogido de una mortal ansiedad, probó ver al través de la estrecha abertura por donde salía el rayo de luz; mas la llave, que había quedado dentro, no le permitía distinguir los objetos. Además, la luz le pareció estar colocada frente á la puerta, y las voces partían de un punto más lejano; de donde concluyó que la escena pasaba á su derecha y hacia el lado de la cama.

No pudiendo ver, se contentó con escuchar lo que pasaba en aquel cuarto.

En el momento en que había entrado Pedro Arbués, la hija del gobernador estaba sentada en el borde de la cama, con la cabeza apoyada en la almohada.

Desde su entrada en la cárcel no se había desnudado; pero después de una noche y un día enteros llenos de terror y de angustias, cediendo por fin á un abatimiento insoportable, se había ligeramente dormido. Acostada así sobre aquella cama de una blancura deslumbrante, encima de la que se destacaba como en relieve su vestido negro, la virtuosa joven tenía una gracia hechicera é indecible.

El borde de su basquiña estaba púdicamente recogido hacia sus piececitos, de los cuales sólo se veían las puntas. Tenía una de sus manos y el brazo apretado á su talle; la otra, tirada con abandono sobre las almohadas, sostenía su hermosa cabeza pálida y aplomada. Su frente, tan pura y tan lisa, que se asemejaba á un hermoso mármol, era en este momento de una blancura mate, y surcada hacia las sienes por venas azules y transparentes. La sombra de sus largas pestañas, que se prolongaba sobre sus mejillas fatigadas, daba aún á ese noble rostro una profunda expresión de tristeza y de desaliento. Parecía que se hubiese dormido en fúnebres pensamientos, separando la vista con desdén de este mundo en que había sufrido tanto.

Viéndola así más bella en su duelo que no le había parecido jamás en los días de su prosperidad, detúvose conmovido y temblando el feroz inquisidor, como si temiera cometer un sacrilegio. Una emoción indecible, un remordimiento, tal vez, hizo titubear á ese hombre indomable, que no reconocía más dueño que sus pasiones.

Miró alrededor de sí con una especie de horror, como para asegurarse de que no había en el aire testigos que pudieran acusarle.

(Continuará.)

El famoso proceso del multimillonario Thaw, que tanta curiosidad despierta, es objeto de la información de la prensa diaria, por cuya razón no nos ocupamos de él, teniendo, además, en cuenta que todavía se halla pendiente de las deliberaciones del jurado norteamericano.

Sobre un banco del boulevard Ney, detrás de la puerta de la Chapelle, un viejo caminante, Augusto Rolly, se preparaba á dormir después de haberse cubierto el cuerpo con periódicos viejos para preservarse del frío. Hacia la media noche, atroces dolores le hicieron despertar. Varios apaches no hallaron mejor medio de divertirse que atar al pobre viejo sobre el banco y prender fuego á los papeles que le cubrían el cuerpo. Mientras su víctima se retorcía por el horrible sufrimiento, los crueles verdugos se reían y divertían grandemente por lo ingenioso de su invención.



Al cabo de unos minutos, creyendo que los gritos de Rolly llamarían la atención de los agentes, emprendieron la fuga, dejando al desgraciado con las ropas incendiadas. Con grandes trabajos pudo romper la cuerda que sujetaba sus brazos, y extinguir el fuego; pero el dolor producido por las atroces quemaduras que tenía en todo su cuerpo le hizo perder el conocimiento.

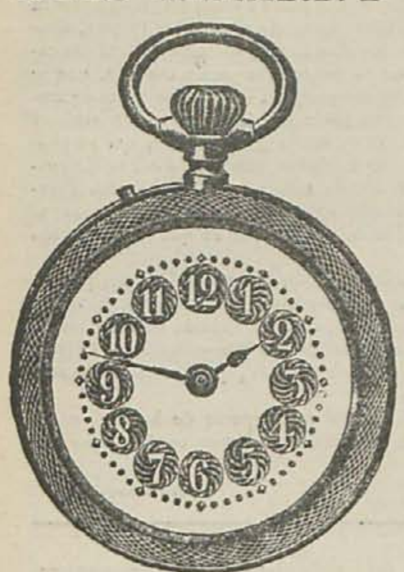
Al amanecer fué encontrado por unos guardacantones, que le condujeron al puesto de policía y de allí al hospital de Lavoisiere, donde recobró el conocimiento.

El pobre hombre ha podido dar las señas de dos de sus martirizadores, sin que hasta la fecha hayan sido encontrados.

Gran Relojería de París.

LUIS THIERRY

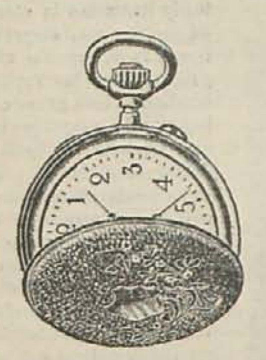
Fuencarral, 59.—Madrid.



El Cronómetro Thierry

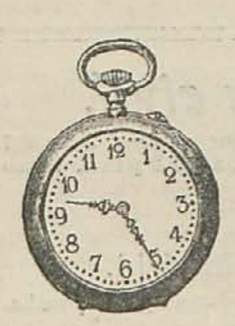
Reloj de acero con contornos dorados al fuego, esfera rica, máquina superior, escape Roskopf, de marcha superior .... **19.50 pesetas.**
Idem de acero. (Elegante) .. **18.50** —
Idem de níquel puro (Idem). **18.50** —

En 4 plazos mensuales.



Reloj de señora, de doble tapa, simil oro chapeado, máquina garantizada, **30 pesetas**.
Verdadera imitación del reloj de oro, ídem en plata, **28 pesetas**. Idem extrafina rica ornamentación, **35 ptas**.

En 4 plazos mensuales.



Magnífico reloj de señora. Elegante, de muy buena máquina, de acero azul, **20 pesetas**. Idem extraplano, **25 pesetas**. 1.ª clase extra, **30 pts.**

En 4 plazos mensuales.

EL ESPECIAL

Reloj cronómetro para los Cuerpos de Guardia civil y Carabineros.

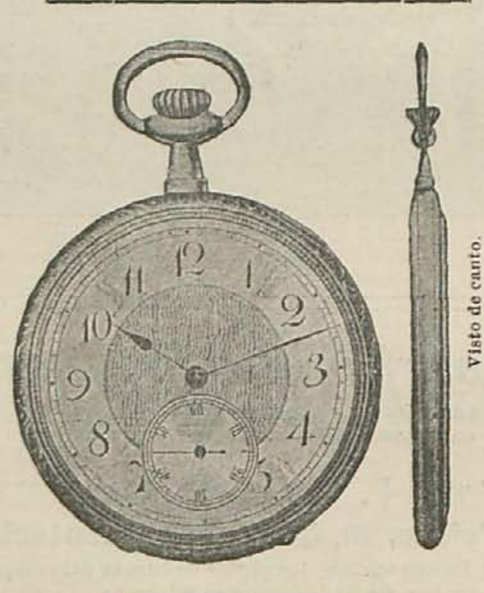


Este hermoso ejemplar que tenemos el gusto de ofrecer á nuestros lectores, es un magnífico reloj construído expresamente para Guardia civil y Carabineros. En su elegante esfera lleva la inscripción del Cuerpo y el dorso—que nuestro cliché reproduce—es el real escudo, esmaltado con los colores nacionales y aplicaciones doradas. El reloj **Especial** tiene una marcha perfecta, está montado sobre rubíes y su perfecto ajuste le hace refractario á la humedad. Su precio de fábrica es 50 pesetas. Los individuos de Guardia civil y Carabineros pueden adquirirlo por **40, pagaderas en cinco plazos mensuales**.

Los pedidos al Sr. Thierry. Fuencarral, 59, Madrid.

NOTA. Este reloj es de una sola tapa y el grabado representa *la parte posterior*.

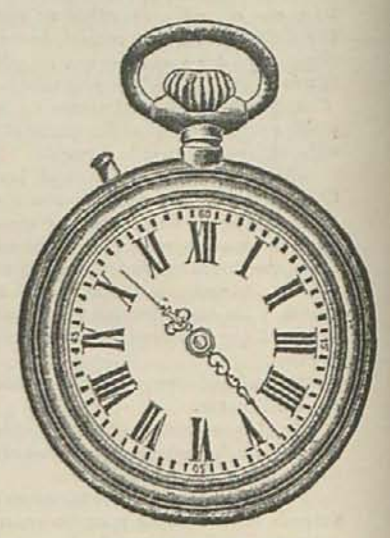
Dicho reloj es un poquito más pequeño que el representado en este grabado.



Reloj elegancia novedad.

El más plano ó aplastado conocido hasta hoy; «del canto de un duro», de máquina extrafina, áncora, 15 rubíes, marcha cronométrica, esfera de plata. De caja de acero azulado, **40 pesetas**. Caja de plata, rica ornamentación, **45 pesetas**. Idem doble tapa, **62 ptas.**

En 5 plazos mensuales.



Regulador Patent.

De los ferrocarriles de Francia, de uso general para todos sus empleados, por su fuerza y gran precisión, de escape Roskopf. Reloj elegante, extraplano, marcha cronométrica.

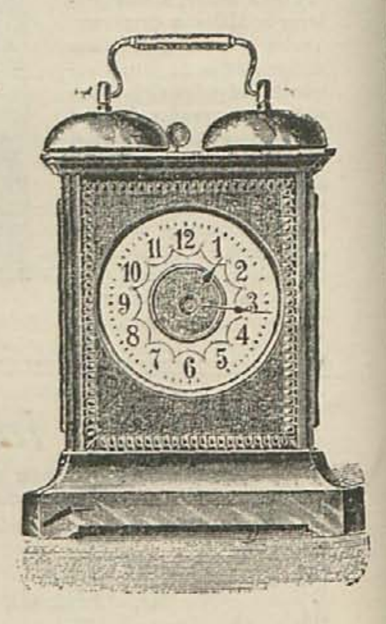
En acero azulado............ ...... **28 ptas.**
Idem en níquel puro (extraplano) . **27** —
Idem grabado (no extraplano).... . **25** —
Idem en plata.... .... **39** —

Recomendamos especialmente estos relojes.

En 4 plazos mensuales.

Este mismo reloj, con doble tapa de plata rica ornamentación ... **45 ptas.**

En 5 plazos.



Caja metal niquelada.

Despertador doble, dando sobre dos campanas.

Buena máquina de áncora, **20 pesetas.**

En 4 plazos.

Nota: anda sobre todas las posiciones.

Advertencia.—Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY, quien los mandará certificados, con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Va franco de porte y embalaje; los relojes de pared ó sobremesa, hasta la estación más próxima.—**No olvidar de indicar la estación para evitar errores ó retraso en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid. Apartado de Correos núm. 364.**

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316